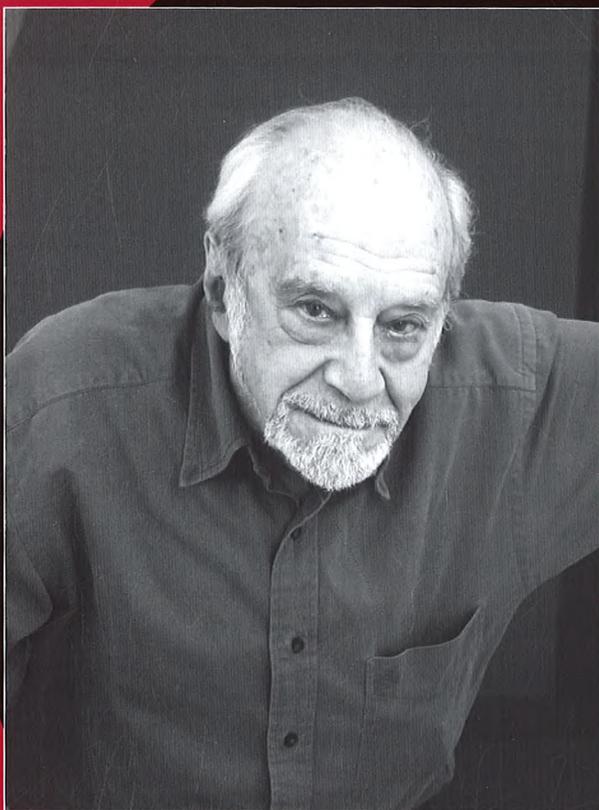
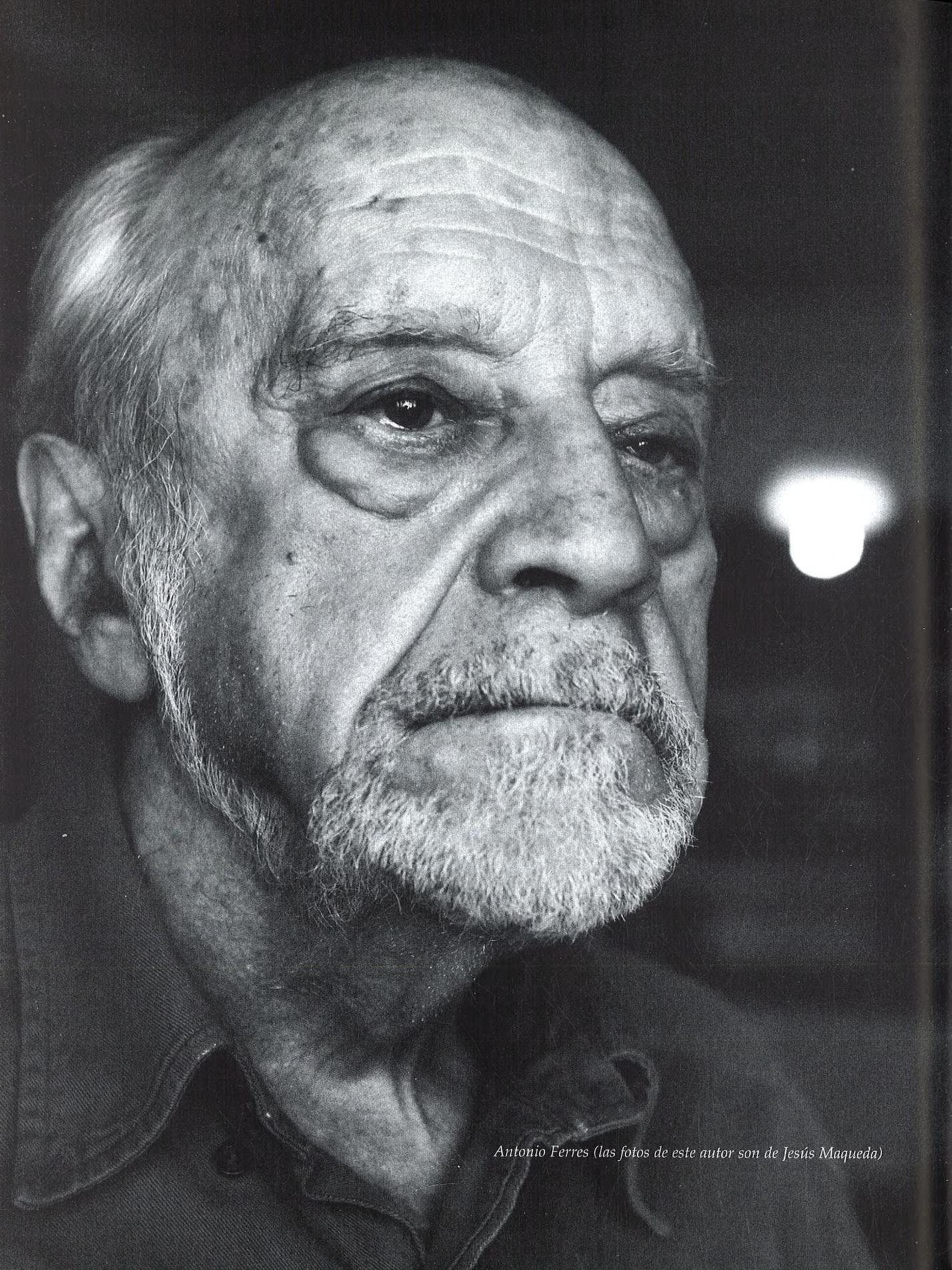


Antonio Ferrer y Medardo Fraile

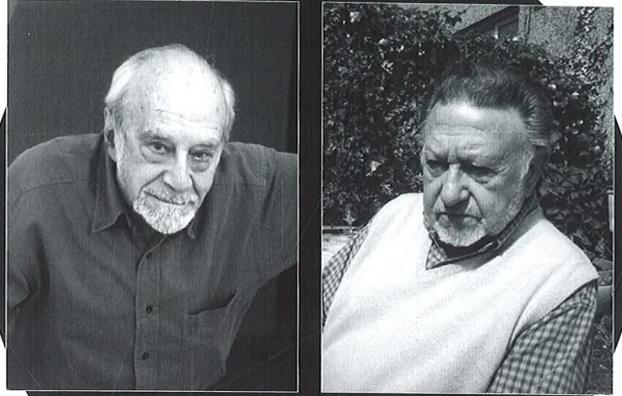


DOS NARRADORES
del 50

Entrevistas de Roberto Ruíz de Huidobro



Antonio Ferrer (las fotos de este autor son de Jesús Maqueda)



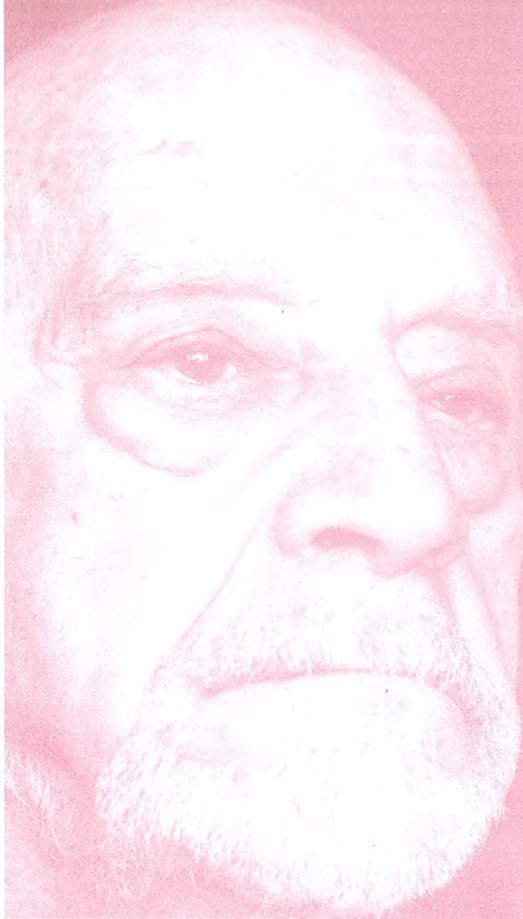
DOS NARRADORES
del 50

ANTONIO FERRES, MÁS QUE REALISMO SOCIAL

Antonio Ferres nació en Madrid en 1924. Tras estudiar en la Escuela de Peritos Industriales, obtuvo un trabajo en el Laboratorio Central de Materiales de Construcción. En 1964 se fue de España: vivió en Francia, en México, en Estados Unidos y en Senegal, y fue profesor de literatura en varias universidades. Realizó algún viaje a España, pero no volvió a establecer definitivamente su residencia en su país natal hasta que se jubiló. Relegado por muchos al cuarto oscuro del realismo social, del que fue un representante destacado en su momento, Ferres es un autor con registros muy variados. Esencialmente novelista, cuentista y poeta, en su obra literaria hay realismo social, pero también realismo en sentido amplio, experimentalismo, fantasía, metafísica, lirismo y humor. En los últimos años, su obra ha suscitado un interés renovado gracias tanto a las reediciones como a la publicación de títulos nuevos. Entre sus obras publicadas últimamente se encuentran la novela mítica *La piqueta* (publicada originariamente en 1959), el libro de viajes *Tierra de olivos* (aparecido originariamente en 1964), el volumen de relatos *El caballo y el hombre* (agrupa narraciones nuevas y otras ya publicadas), el poemario *París y otras ciudades encontradas* (libro nuevo) y la novela *El otro universo* (libro nuevo, recién aparecido). Esta entrevista constituye un recorrido por su trayectoria vital y por su obra.

- *Después de la guerra civil, vivió en España hasta 1964, año en que emigró. ¿Cómo se vivía entonces en España y por qué decidió marcharse?*

- Nací en 1924. Lo recuerdo porque en el año 64 yo tenía ya 40 años. Es decir, yo viví de niño la República. La sublevación militar ocurre cuando he



Antonio Ferrer
La piqueta



GADIR

cumplido los 12 años. La guerra civil, que yo pasé en Madrid, es una de las experiencias más asombrosas que pueda sufrir un adolescente. A los 15 años soy testigo, en plena calle, del golpe de Casado y demás sublevados, y de la entrega de Madrid a la llamada quinta columna. Con Madrid ya en manos de los falangistas, el 28 de marzo del 39 me subo, junto a otros muchachos y mujeres de mi barrio, a uno de los camiones fascistas (requisados a las fuerzas republicanas), en el cual un tal Gari, brazo en alto, nos lleva a la "zona nacional", al otro lado del río Manzanares. El ejército franquista entra esa misma tarde en Madrid. Desde este nefasto año 39 hasta el invierno del 41-42, los fusilamientos son masivos. Recuerdo que Estados Unidos entra en la guerra mundial en diciembre del 41. Después, los soviéticos ganan la gran batalla de Stalingrado, en el 43. Al poco (por este orden), viene el desembarco aliado de Normandía. No se interrumpen los fusilamientos franquistas en Madrid ni en las principales ciudades españolas, pero ya no son masivos. Todos estos fusilamientos los veo y los oigo, cuando ya tengo 20 años. También veo que, aunque ya no se mate tanto, nada cambia en España con la victoria aliada. Es más, cuando me voy de España en 1964 (yo había realizado antes otros viajes a París, al sur de Francia, etc.) ya existían bases norteamericanas en nuestro país. La "guerra fría" había asignado a España un papel importantísimo estratégicamente en el posible enfrentamiento con la Unión Soviética. O sea, sabía yo, quiero decirle, que los aliados no iban a ayudar a la exiliada República

Española. Desde luego, estas cosas las sabía antes de salir de España en 1964. Como le dije al principio, en el año 64 tenía ya 40. Y estaba al tanto de la situación. Me marché por miedo a ser detenido.

- *¿Cómo fue su experiencia en los países que vivió: Francia, México, Estados Unidos y Senegal?*

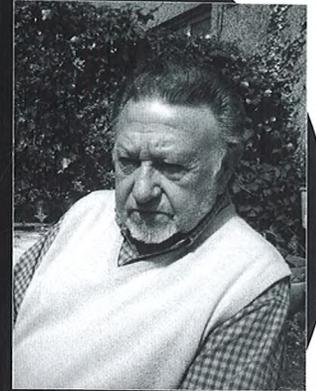
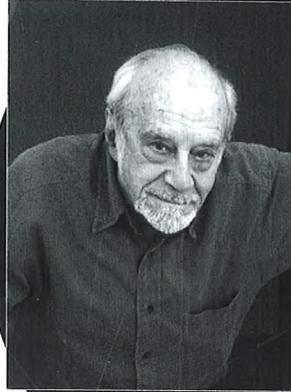
- Fue diversa. Yo conocí superficialmente París antes del 64, en algún fugaz viaje. Como a todos los españoles que llegaban a países libres, nos sorprendía la libertad, las parejas de novios que se besaban en plena calle, las huelgas pacíficas y las manifestaciones. Comprendí en seguida que las mentiras de la prensa franquista eran la esencia misma de la dictadura. México es siempre sorprendente. Yo viví cerca de los exiliados políticos españoles, incluso tuve la suerte de conocer a León Felipe y a los Rojo, además de a mi inolvidable Max Aub. Di clases en la Universidad Veracruzana, en Xalapa. Gané amigos y aprendí Teoría Literaria, asignatura que tuve que dictar en la universidad. De Senegal lo que más recuerdo es la visita a la isla de Gorée, de donde salieron tantos esclavos camino de América. Y un viaje hacia el interior buscando mundos perdidos.

- *¿Qué recuerda de León Felipe?*

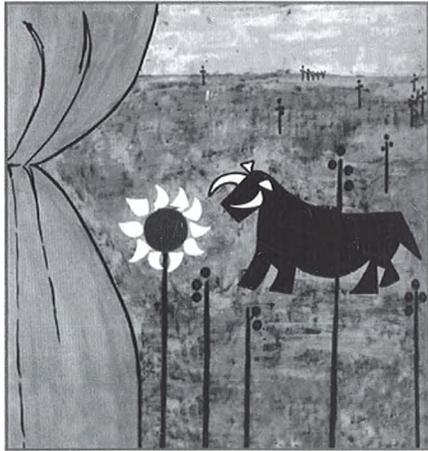
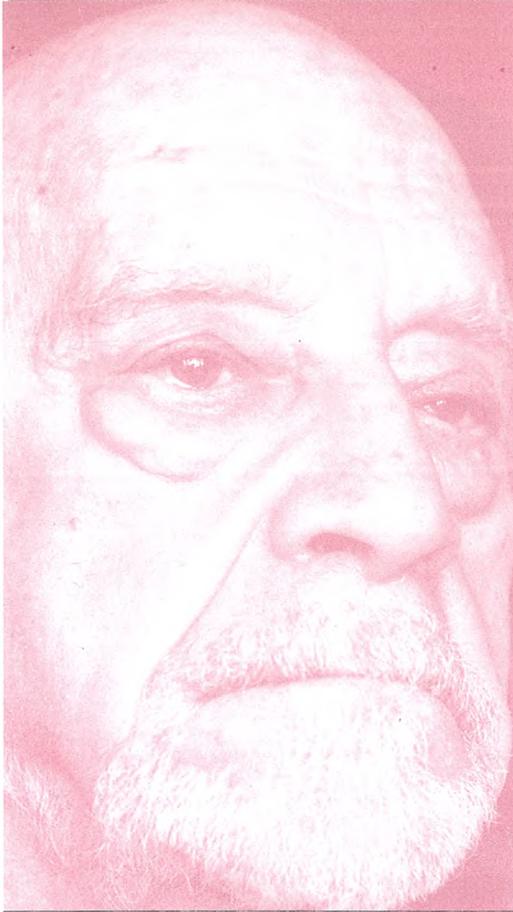
- Le conocí en una exposición del pintor Vicente Rojo. Charlamos un momento. Después, yo hice un acto de cultura española en la universidad en la que daba clases, en Xalapa, y le invité. Él me llamó y me dijo que no podía ir porque tenía problemas con la próstata. Le conocí muy poco.

- *Una de las personas que le ayudó cuando se fue de España fue Max Aub. ¿Cómo fue su relación con él?*

- Max Aub me ayudó mucho. Llegamos a ser grandes amigos. Max Aub era un hombre muy inteligente, además de gran escritor. También era una persona honrada, y repetía siempre que "un intelectual es una persona que de una cuestión política hace una cuestión moral". En *La gallina ciega* confiesa su desencanto de la España que se "con-forma" tras el franquismo. Debería ser un libro de lectura no solamente para los estudiantes de literatura, y no sólo *La gallina ciega*. Para entender lo que pasó en España después del triunfo de Franco, conviene leer de nuevo gran parte de la obra de Max Aub, y entender su actitud personal.



DOS NARRADORES
del 50



Antonio Ferrer

El Torito Negro

Ilustraciones de Concha E. Montesinos



- *¿Sintió que los exiliados españoles tenían el respeto allí donde iban?*

- Sin la menor duda. En México les trataban muy bien. Y había una gran amistad entre todos y una gran solidaridad. Los conocí a todos a través de Max Aub.

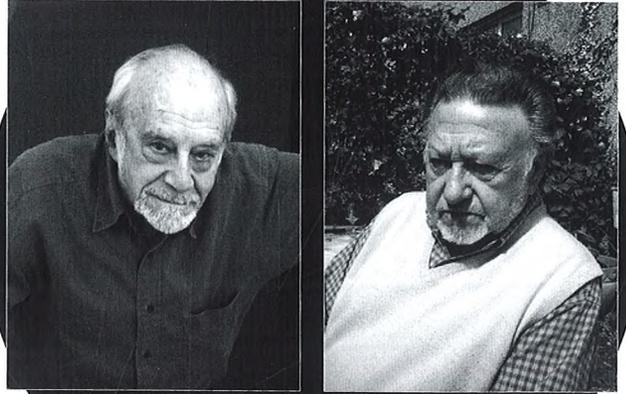
- *Cuando volvió a España en 1976, ¿qué país encontró?*

- El mismo país que desencantó a Max Aub. Pero yo ya me lo sabía. Volví a marcharme varios años después porque las clases que daba en universidades americanas establecidas en España no eran suficientes para poder vivir de ello. No regresé definitivamente hasta algo más tarde, tras arreglar los papeles de mi jubilación.

- *Su trayectoria literaria se inició en 1956, con la obtención del premio Sésamo por el cuento Cine de barrio. Debió de ser importante para usted.*

- Lo fue. Tenga en cuenta que el jurado del premio lo presidía Ignacio Aldecoa, un extraordinario narrador (sobre todo cuentista), y que los restantes miembros del jurado eran personas respetadas por los escritores que comenzábamos entonces. Quizá deba contarle que José María de Quinto (también gran cuentista) fue quien me presentó, por carta, a Max Aub. Estaba José María escribiendo una carta a Max y llegó a su casa: "¿Quieres algo para Max Aub?" "Pregúntale si es posible vivir en México sin pasar hambre". Lo hizo. En una carta de vuelta, Max Aub me dijo que podía irme. Con el poco dinero que tenía, saqué un billete de avión para México D. F.

- *Alguna vez ha dicho que el cuento es un género probablemente más importante que la novela.*



DOS NARRADORES
del 50

- La novela tiene más recursos para salir adelante. Un buen cuento es siempre una obra acabada, perfecta. Para que se haga usted una idea de cómo anda la literatura, estudie y observe los cuentos que se publican. Es una prueba infalible.

- Tras el premio Sésamo no tardó en llegar su consagración: la publicación de su primera novela, La piqueta, en 1959, le convirtió en uno de los escritores más destacados de su generación.

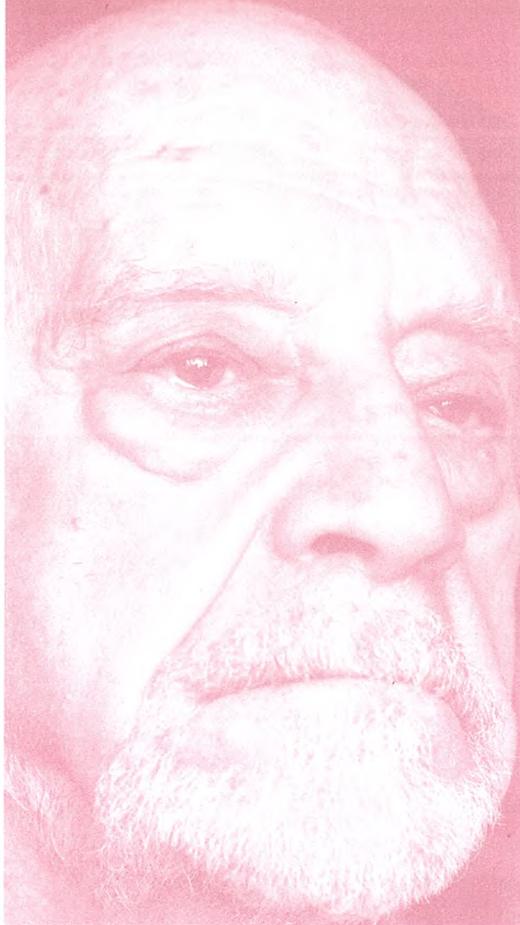
- No sé si *La piqueta* es una novela, un reportaje o una crónica. Ya sabe usted que los géneros son instituciones. Hoy, los habitantes de la meseta de Orcasitas (el país de *La piqueta*) creen que es una pequeña épica que habla de los orígenes y destinos de esos barrios que los primitivos pobladores emigrantes construyeron con sus manos.

- Según usted mismo, la censura no captó los símbolos de La piqueta.

- Hay que entender políticamente la época, el mundo en el que actúa la censura. La editorial Destino no es una editorial cualquiera. Tiene poder, junto con la revista del mismo nombre: representa “algo” en la Cataluña de entonces, y en España. ¿Cómo pasó *La piqueta*? Es más, me pregunto cómo fue posible la publicación de *Primera memoria*, magnífica novela de Ana María Matute. Esa gran novela es una obra literaria estupenda, bellísima, pero es a la vez una denuncia del franquismo, incluyendo la significativa cita inicial del Libro de Jeremías. Cuando yo publico mi libro, en 1959, todavía no hay datos de que yo sea un antifranquista, igual que ocurre con Ana María Matute. ¿No lo capta la censura o no lo quiere captar? Además, usted sabe: los símbolos son siempre ricos, ambiguos. Ya he contado lo que pasa en la meseta de Orcasitas. El símbolo de injusticia que fue “la piqueta” queda elevado, en la lectura actual de la obra, a un grado más alto, dentro del fenómeno metafórico, hasta ser “mito” que señala orígenes o destinos.

- Su segunda novela, Los vencidos, ha tenido un curioso camino editorial: terminada en 1960, la censura impidió su publicación en España, pero sí se publicó en otros países; después no hubo una edición española hasta 2005. Usted llegó a creer que jamás se publicaría en España.

- El tema, el título incluido, era espinoso. Yo me había significado más. ¿Piensa alguien que los firmante de manifiestos democráticos (sobre todo del lla-



Antonio Ferrer
El caballo y el hombre
y otros relatos



mado de los 101) tenían el mismo tratamiento que otros intelectuales? Por si fuera poco, la primera versión de la novela, en italiano *I Vinti*, es publicada por Feltrinelli, una editorial muy de izquierdas, con todo lujo de detalles antifascistas. Después aparece una versión española en París, en una editorial del Partido Comunista Francés. Y más todavía, la censura se asusta (la palabra es literal) por la presentación de una novela correlativa de la cual soy autor. Se titula *Al regreso del Boiras* (el título es de mi editor, Carlos Barral) y es una novela muy dura, cuya primera edición es venezolana.

- *¿Qué le produce el menosprecio que ha sufrido el realismo social?*

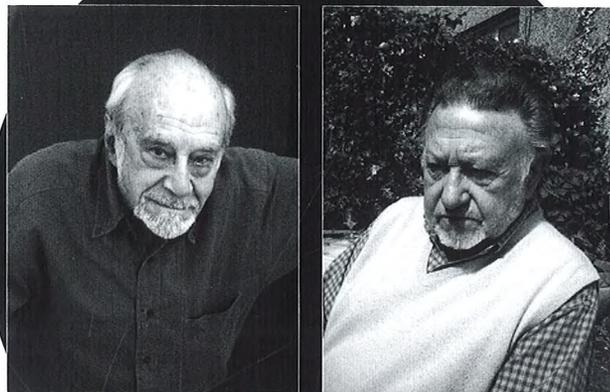
- Si alguien piensa que la lucha por el poder termina plácidamente, idealmente, está equivocado. Usted sabe bien dónde está el poder, donde estuvo. Eso no quita que debamos señalar que en todas las épocas hay obras literarias buenas, y obras no-literarias. El "panfleto" más rechazable es el producido por la falta de inteligencia. Y, además, no todo ser humano es escritor. El artista nace y luego trata de hacer su obra.

- *¿Cómo describiría su amistad con Armando López Salinas y Jesús López Pacheco?*

- Somos grandes amigos. Y, además, camaradas en los años de lucha contra el franquismo. Jesús murió en Canadá. Nunca regresó definitivamente a España. A veces creo que hizo bien. Armando aún sigue en la lucha.

- *Junto a Armando López Salinas llegó a escribir un libro de viajes: Caminando por las Hurdes (1960).*

- Sí. Viajamos y escribimos juntos. Sólo conviene recordar que antes de su publicación

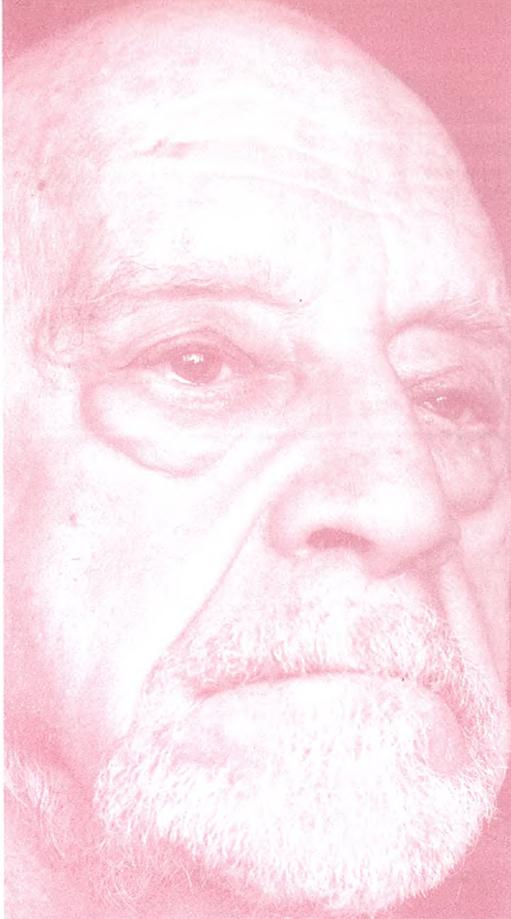


DOS NARRADORES
del 50

por Seix-Barral, en 1960, ya había aparecido el libro en separatas, con el título *Estampas de un viaje*, en la revista universitaria *Acento Cultural*. Es interesante señalar este punto porque ilustra la atmósfera cultural de la época. Casi al mismo tiempo que en España se producen cambios económicos y Franco nombra ministros principalmente del Opus Dei, un grupo de falangistas de izquierdas, afiliados al SEU (se llamaban entre ellos joseantonianos), Carlos Vélez, Víctor Auz y el mismo Rafael Conte (luego gran crítico literario), dirigen la mencionada revista y abren sus páginas a muchos antifranquistas. La labor de esa revista fue muy significativa e importante. Hay muchas simplificaciones para contar el franquismo. Lo peor es que también en la literatura quieren arrancarnos la memoria.

- *¿Cómo fue su relación con Alfonso Grosso, autor de La zanja (1961), una de las obras clave del realismo social?*

- Fuimos muy amigos. La relación fue muy divertida porque él era divertido. Le conocí un día que Armando López Salinas y yo fuimos a la redacción de *Acento Cultural*. Fue muy divertido lo que ocurrió. Él estaba hablando con Carlos Vélez: le estaba diciendo "quítate ese cangrejo, que conmigo no hay que disimular, yo sé de qué se trata *Acento Cultural*". El "cangrejo" era la insignia falangista, del yugo y las flechas, que Carlos Vélez llevaba en la solapa (como ya he dicho, los responsables de *Acento Cultural* eran falangistas de izquierdas). Y es que Alfonso Grosso se creía, había deducido, que, siendo Armando y yo unas personas tan de izquierdas, *Acento Cultural* era una tapadera del partido comunista. Grosso era muy espontáneo, disparatado, como un niño, y también muy buena persona. Cuando regresé de Estados Unidos, vino a mi casa y me ofreció ser redactor jefe de *La Estafeta Literaria*. Según decía, a él le habían ofrecido ser director. Después, la cosa no fraguó y él se puso en huelga de hambre, aunque sólo estuvo unas horas. Su vida es una historia impresionante: tan trágica como divertida. Toda su familia había muerto de tuberculosis y él, que tuvo problemas con las bebidas alcohólicas, terminó perdiendo la memoria, sin saber bien quién era, sin ser muy consciente de nada. Fue un gran escritor, un escritor nato, a pesar de que no tenía mucha preparación.



Antonio Ferres

Crónica de amor de
un fabricante de perfumes



- Frente a lo ocurrido con la mayoría de los representantes del realismo social, los autores del realismo crítico conservan el prestigio literario.

- Veo que hace usted esa separación que han señalado ciertos estudiosos. Últimamente he leído lo que Constantino Bértolo dice en defensa de obras en las que se señala una crítica al poder y la responsabilidad. Me parece bien, pero a veces las diferencias entre unas obras y otras son muy sutiles. Para mí, que soy apenas un escritor, lo importante es la inteligencia literaria, el ser o no ser escritor.

- A la vez que se introducía en ambientes literarios lo hacía en la lucha antifranquista. ¿Qué recuerdos guarda de aquello?

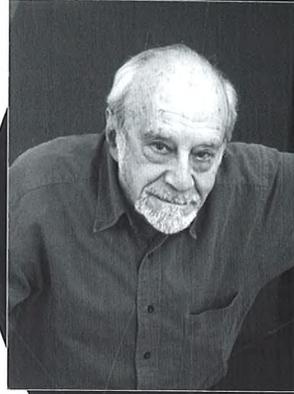
- Generalmente son buenos recuerdos, aunque en algunas ocasiones también sentí miedo. Conocí a mucha gente que estaba implicada. Conocí, por ejemplo, a Dolores Ibárruri en Moscú. Era un personaje de mucha entidad. Era un símbolo. Era muy culta. Tenía mucha clase como persona. En ella había algo como mítico. Cuando hablaba, había gente que, aunque no entendiera el idioma, lloraba porque ella tenía un tono especial. Era una comunicadora bárbara. También recuerdo diversos episodios, como un día que Armando López Salinas y yo echamos octavillas, convocando una huelga, en un partido de fútbol en el Santiago Bernabéu.

- ¿Cómo fue su encuentro con Simone de Beauvoir?

- Juan Goytisolo, acompañado por Simone de Beauvoir y por Florence Malraux, hizo una visita a Madrid. Simone no había visitado España desde antes de la guerra civil. Florence Malraux era hija de André

Malraux, importante intelectual francés, autor de una significativa novela sobre la sublevación militar de Franco, y que en las traducciones americanas (prohibidas desde luego en España) se titulaba *La esperanza*. Por si esto fuera poco, Malraux era ministro de Cultura en la Francia gaulista durante la visita de su hija. Desde luego fue una feliz idea de Juan Goytisolo la de pasear por España en tal compañía.

El régimen de Franco era un fascismo superviviente y no podía superar esa vergonzante situación de anacrónica dictadura. Recuerdo una de aquellas noches tibias madrileñas de quietud infinita. Las calles, con poco tránsito de coches. Resulta difícil arrancar esa noche de la memoria para situarla en un tiempo y una estación del año. Existió, no obstante. Nos habíamos reunido allí, en una taberna de la Cava Baja, nosotros, los restos de una España ahogada y perseguida, y gente que venía de la luminosa Europa, de una Europa nacida de la victoria aliada. Nos reuníamos los de adentro y los de afuera, los presos de siempre y los que habían ganado la libertad tras la ocupación nazi y vivían ya un tiempo esperanzado y quizás feliz. Recuerdo el apretado grupo: Jesús López Pacheco, Armando López Salinas, Juan Eduardo Zúñiga y su compañera Felicidad Orquín. Y Florence, Simone (acompañada por Nelson Algren). Nos apoyamos en el mostrador de zinc cuando un hombre viejo, probablemente un borracho habitual, entró tambaleándose. Hizo una reverencia a los taberneros que había detrás del mostrador y, sin decir palabra, se despojó del cinturón y se bajó los pantalones. Llevaba unos calzoncillos ceñidos, aunque abiertos por la bragueta. Cuando trató de hacer un movimiento, un vaivén quizás obscuro, los pantalones se le cayeron del todo, hasta los tobillos. Se le trabó el paso cuando pretendía andar y cayó al suelo. Quedó panza arriba, con las piernas en alto y la bragueta abierta. Reíamos todos. El ambiente entero, no sólo la escena del borracho, era disparatado y absurdo como aquel tiempo. Ni siquiera hablamos de política, aunque vienen a mi memoria unas palabras irónicas de Simone, que comentó, sonriente, que los intelectuales madrileños no sacaban a sus mujeres a cenar. Y era cierto, pues sólo Zúñiga había venido a la reunión con su compañera.



DOS NARRADORES
del 50

- *Creo que su novela Crónica de amor de un fabricante de perfumes (2007), que narra la historia de amor de dos jóvenes en el ambiente de opresión del Madrid de los años 50, es el origen de otra, que ya está escribiendo.*

- Muy al final de los 50 y principios de los 60, creo recordar. Para mí tiene importancia el epílogo de la novela, que en la ficción escribe la hija de los protagonistas, el rico perfumista y su mujer, que se fueron de España y residen en Francia. Los padres no quieren regresar y a la hija le extraña eso. Ella sí vuelve y quiere descubrir qué ha pasado en España, qué es este país, para que sus padres no hayan querido volver. Partiendo de este epílogo pienso publicar una nueva novela, que titularé *Los guardianes de la memoria*: tratará sobre cómo la hija, que está afincada en España, conoce a gente que anda buscando la memoria, saber qué pasó.

- *Empezó a publicar poesía de forma tardía, en 1997. ¿Qué lugar ocupa su faceta poética en su carrera literaria?*

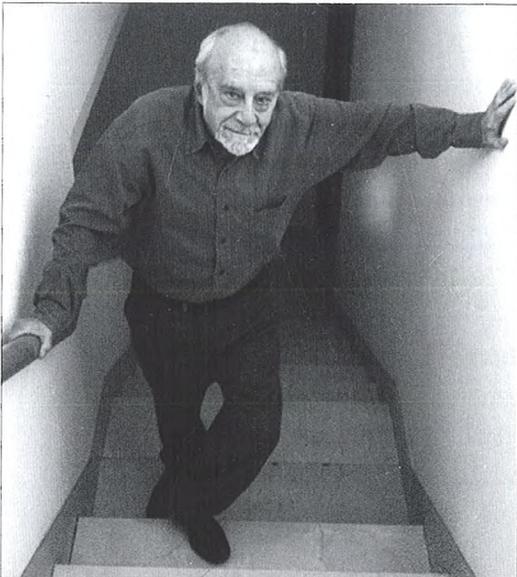
- Ocupa un lugar muy importante. Algunos amigos dicen que siempre he hecho poesía, aun cuando escribía en prosa, y muchos críticos literarios llaman "poema" a cualquier obra literaria cerrada. Desde luego, creo que los poemas han de ser espontáneos. Eso es lo que a mí me ocurre. Sólo son poemas.

- *Su último poemario es París y otras ciudades encontradas (2010).*

- Mi editor dice que no sólo rindo homenaje al Italo Calvino de *Las ciudades invisibles*: cree que también escribo sobre el amor, la muerte y el paso del tiempo. Nada menos. Ojalá los lectores lo lean como él.

- *Su última obra publicada hasta ahora es El otro universo. ¿Qué va a encontrar el lector en ella?*

- Es una novela en fragmentos, 21 en total. Está precedida por una cita de Antonio Gramsci, en la que dice que todo el lenguaje es metafórico. Lo que pasa es que hay metáforas anteriores a las actuales, de otros estadios de la civilización: hay palabras que vienen metafóricamente de otro tiempo. Después hay metáforas que, en la gran literatura, vienen de zonas ignotas, que son las que crean literatura. Yo he cogido una serie de escenas, cada una con un título, para mostrar que este mundo resulta a veces evidente, pero también en ocasiones misterioso, inalcanzable, imposible de juzgar. Lo que viene a decir el libro es que debajo de lo real hay una parte invisible. De eso trata: de la parte invisible de la realidad.



- *¿Tendrán continuidad sus Memorias de un hombre perdido (2002)?*

- No. Lo que puede ocurrir que haga, casi seguro, es ampliar esas memorias con lo que me ha ocurrido en el tiempo que ha pasado desde su publicación: sería una edición ampliada de las memorias ya publicadas y no una segunda parte de las mismas.

- *La editorial Gadir, con Javier Santillán al frente, está realizando una gran labor a favor de su obra literaria, recuperando libros descatalogados y publicando los nuevos.*

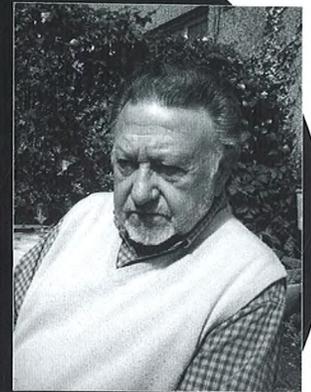
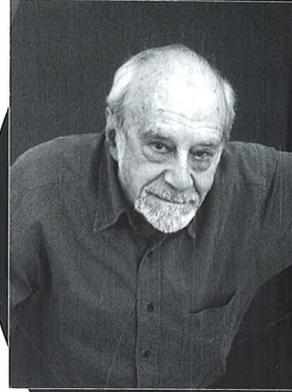
- Yo conocí a un gran editor, Carlos Barral, que entonces era el editor de moda. Javier Santillán no tiene nada que envidiar a Carlos Barral. Barral era un editor que quería llegar a parte de la literatura a la que no se había llegado, y Santillán es igual. Con decirte cómo conocí a Javier es suficiente: un día me llamó para decirme que había leído una obra mía que le parecía una joya, *Tierra de olivos* (1964), y que quería publicarla; yo le dije que era una obra muy pasada; él me dijo que era muy interesante y que le gustaba mucho. Estoy muy agradecido a Javier, amigo además de mi editor.

- *¿Cuáles son los escritores que usted reconoce como mayores influencias en su obra?*

- Yo, de niño y de muy joven, era un lector "compulsivo". Leía y escribía ya a los 5 años. Mi precoz formación literaria (sobre todo durante los tres años de guerra civil y algunos después) tiene lugar en la biblioteca pública que hay en la calle Núñez de Balboa, cerca de Diego de León, en Madrid. Creo que aún existe la tal biblioteca. Allí leí sin parar, y de todo. Luego empezaron a gustarme Baroja, Galdós, Valle, los "treintistas", los poetas españoles y latinoamericanos, las traducciones al castellano de Verne, de Salgari, etc. También los libros de viajes. Y, en seguida, Faulkner. Recuerdo que leí *Santuario* en una edición que publicó Espasa, en la colección *Hechos sociales*, antes de la guerra. Me transportó a un mundo peor que la muerte, como algunas novelas de Pío Baroja. Y leí a Dostoievski y a todos los rusos. En fin, mi influencia ha de venir de muy diversas fuentes.

- *¿Qué diría de la generación del medio siglo?*

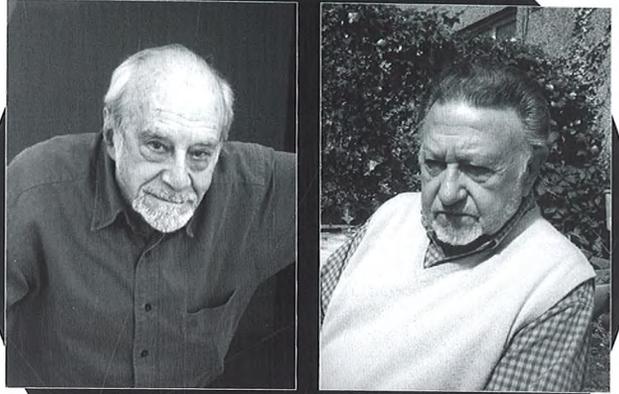
- Es una generación de escritores muy variados. Por poner un ejemplo, Juan García Hortelano y Alfonso Grosso eran completamente distintos, como escritores y como personas. Como escritores, García Hortelano era un hombre culto, preparado, un relojero en la literatura, mientras que Grosso era un autor espontáneo.



DOS NARRADORES
del 50



*Medardo Fraile en su casa de Escocia en 2011
(Foto de su hija Andrea Fraile)*



DOS NARRADORES
del 50

MEDARDO FRAILE, MUCHO CUENTO

Medardo Fraile es un gran cuentista, autor de parte de los mejores cuentos en castellano de las últimas décadas. Ha escrito otros géneros, pero el que más ha frecuentado es el cuento. Nació en Madrid en 1925. Desde 1964 reside en el Reino Unido (ocupó diferentes puestos docentes en la Universidad de Strathclyde, en Glasgow, durante veinte años). Ha publicado cuarenta libros y, entre otros galardones, ha recibido el Premio Nacional de la Crítica, que obtuvo en 1965 por el libro *Cuentos de verdad*. Augusto Monterroso escribió sobre él lo siguiente: “Fiel cultivador del género desde los inicios de su carrera de escritor, Medardo Fraile, el gran cuentista español, ha creado un singular mundo literario sobre la base de tres cualidades fundamentales: su impecable manejo del idioma, su inagotable capacidad de invención y su profundo conocimiento de los seres humanos de todos los días, de éstos que encontramos en las narraciones como si uno fuera uno de ellos, viejo ideal que sólo los grandes creadores alcanzan”.

- Desde 1964, su residencia ha estado en el Reino Unido. Aunque viaja con regularidad a España, ¿no ha sentido la necesidad de volver a establecerse en su país natal?

- Sí, muchas veces. Pero mi casa de Bishopbriggs es, yo diría, muy española, llena de recuerdos de viajes a España y a medio mundo, llena de libros, cuadros, papeles, flores, música... Mi familia habla español y es de aquí, y el apartamento que compré en Madrid, aunque también con algunos recuerdos y una pared y pico llena de libros, es pequeño y nos sirve de apeadero cuando voy o vamos a España. Uno no es solo uno, sino también su casa y su gente (en mi caso, la de allí y la de

aquí). Y tengo ya demasiados años y muchas medicinas que tomar para meterme en grandes mudanzas. Pero España siempre va conmigo.

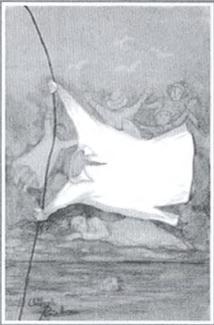
- *¿Cómo ha afectado a su carrera literaria residir durante tantos años fuera de España?*

- Bueno, para los españoles no ya cuarenta años, sino solo cinco años de ausencia dan paso, con toda facilidad, al olvido. Desde que me fui, no dejé nunca de escribir y colaborar en diarios y revistas españoles, pero más bien poco, porque el trabajo en la universidad me llevaba bastante tiempo y, al volver a casa, no tenía demasiadas ganas de seguir en la brecha pero, así y todo, de 1970 a 1986 (fecha de mi jubilación) publiqué seis libros. Me jubilé solo por dedicarme a escribir y, desde entonces, parece evidente que he vuelto a recuperar el prestigio y el nombre que tenía cuando me fui de España en 1964. Hasta hoy he publicado cuarenta libros.

- *Durante sus estudios de bachillerato, tuvo como profesor a Antonio Machado. ¿Cómo le recuerda?*

- En mi casa, mi padre hablaba de Antonio Machado, porque una sobrina de una conocida suya era Leonor, la muchacha soriana que había estado casada con el poeta. Así que, al encontrarme a mis once años frente a don Antonio, dándome clases de Francés, ya le veneraba por los elogios que hacía de él mi padre y por haber leído poemas suyos en *Las mil mejores poesías de la Lengua Castellana* (Bergua), que fue el regalo que pedí cuando aprobé el ingreso en el bachillerato. Don Antonio estuvo enseñándonos en el Instituto Calderón de la Barca solo seis meses y le sustituyó un número uno en las oposiciones a cátedras de Francés, don Tarsicio Seco y Marcos.

Medardo Fraile



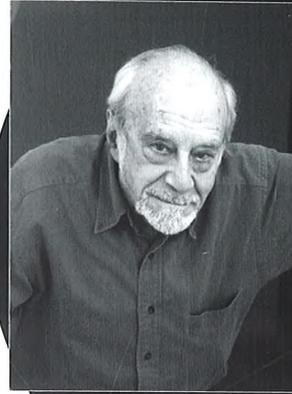
*En Madrid
también
se vive
en Oruro*

Cuentos

Machado no estaba muy interesado en las clases, pero le respetábamos. Sacaba a un niño a escribir en el encerado un párrafo en francés del libro de Rosario Fuentes que nos recomendó y, luego, corregía él en voz alta y añadía alguna norma gramatical, siempre con voz cascada por el tabaco y por la tos. Fumaba en clase y la ceniza del cigarrillo le caía sobre la curva voluminosa de su chaleco. Y cuando tosía, los labios, muy sensuales, se le amorataban. Nosotros no encontrábamos dificultad alguna para hablar en voz baja.

- *Usted fue uno de los fundadores de Arte Nuevo. ¿Cómo fue la trayectoria de este grupo que pretendía renovar el teatro español de la época?*

- Apenas terminado el bachillerato en la academia, vino a nosotros (Alfonso Sastre, Alfonso Paso, Carlos José Costas, Enrique Cerro y yo) José Gordón Paso, pariente unos años mayor de Alfonso Paso, y nos propuso crear un teatro nuevo, necesitado entonces. Sastre, Paso y yo escribíamos desde los once o doce años, o antes, y yo publicaba ya lo que escribía en una revista y lo cobraba. Costas estudiaba música y hacía sus pinitos escribiendo. Cerro quería ser actor. Nos reunimos en el Café Arizona, de Alberto Aguilera, recaudamos lo que teníamos en los bolsillos (siete pesetas) y encargamos a Costas que lo administrara. Y Paso, recordando a Lope de Vega, propuso que el grupo se llamara Arte Nuevo. Gordón, con dinero y sin dinero, hacía milagros. Cuando había dinero, él les decía a los acreedores y a nosotros que no había, y cuando no había dinero, nosotros seguíamos estrenando nuestras obras por arte de birlibirloque. Para estrenar todos, se acordó hacer únicamente obras en un acto (tres actos cada sesión). Paso había escrito ya una; yo le di el título, *Un tic-tac de reloj*, y la firmaron José Gordón y él. Sastre y yo nos pusimos a colaborar en otra obra, que titulamos *Ha sonado la muerte*. Y yo incorporé al grupo a José María Palacio Acebes, hijo del "Palacio, buen amigo...", a quien Antonio Machado había pedido, en un poema memorable, que pusiera flores en primavera sobre la tumba de Leonor. Palacio escribió una estupenda obra de humor titulada *Armando y Julieta*. El estreno fue en el Infanta Beatriz, a teatro lleno, y constituyó un éxito de público y de crítica. Y continuamos así algo más de dos años hasta estrenar veintitantas obras nuestras y de otros autores, siempre con fortuna, aunque sin un real. Las deudas nos hicieron disolver el grupo y nos



DOS NARRADORES del 50



Medardo Fraile



Cuentos de verdad

Edición de
María del Pilar Palomo

CATEDRA
Letras Hispánicas

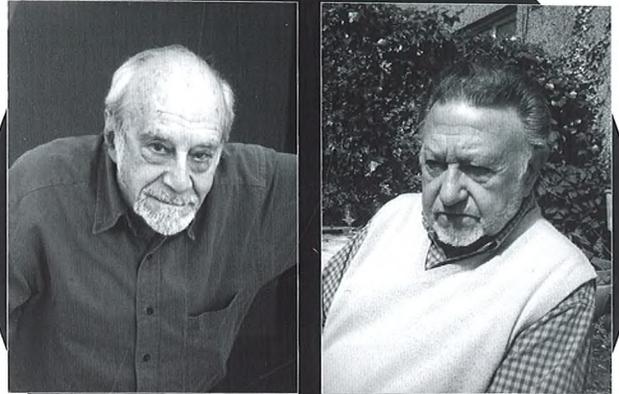
dispersamos. Arte Nuevo, con increíbles dificultades, fue el primer teatro de ensayo de la Posguerra y su ejemplo proliferó. Sastre y Paso siguieron escribiendo teatro; Costas, con su música; Cerro fue actor hasta su muerte; y yo me entregué con devoción a la prosa.

- *Su obra teatral El hermano tuvo éxito, pero su inclinación hacia la creación dramática duró poco.*

- Sí, mi drama en un acto *El hermano* logró uno de los dos éxitos mayores de Arte Nuevo. El otro fue *Cargamento de sueños*, de Alfonso Sastre. Después del estreno de mi obra, se acercaron a mí en el Café Gijón José García Nieto y Charles David Ley y, el primero me pidió permiso (que le concedí) para publicar *El hermano* en *Acanto*, antología literaria de *Cuadernos de Literatura*, que editaba el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Charles David Ley me dijo que mi obra le había recordado el teatro de Chéjov (que yo no conocía entonces) y, más tarde, escribió una crónica para el *Times Literary Supplement*, en la que repetía lo que me había dicho, añadiendo que “la verdadera esencia de la vida española estaba admirablemente captada”. Y años más tarde escribió en sus *Memorias* que “Arte Nuevo no dejó más que una obra definitiva, *El hermano*, drama en un acto de Medardo Fraile”. De la fecha de su estreno en 1948 a 2004, mi obra se ha radiado, televisado, puesto en escena y publicado en España y hasta en la Sala Bahninide de Rabat.

- *¿Cómo eran los encuentros y tertulias literarias en los que usted participó antes de irse de España?*

- Yo solo iba los jueves al Café Gijón, con mi gente de entonces y de siempre (Sastre, Aldecoa, Ferlosio, Jesús Fernández Santos,



DOS NARRADORES
del 50

Ramón Solís, Quinto y algún otro), y, esporádicamente, al Teide, situado un poco antes de donde está hoy El Espejo, al Café de Correos (con Alfonso Albalá, José María Valverde, Luis Rosales y, de vez en cuando, Ferlosio) y al Lyon D'Or, ambos en Alcalá, poco más arriba de la Casa de América. El Lyon D'Or albergaba en el sótano (sólo para lecturas con público) La Ballena Alegre. Allí leímos cuentos Aldecoa y yo y, arriba, en el Café, tenía su tertulia semanal erudita D. Antonio Rodríguez Moñino, que editó *Revista*

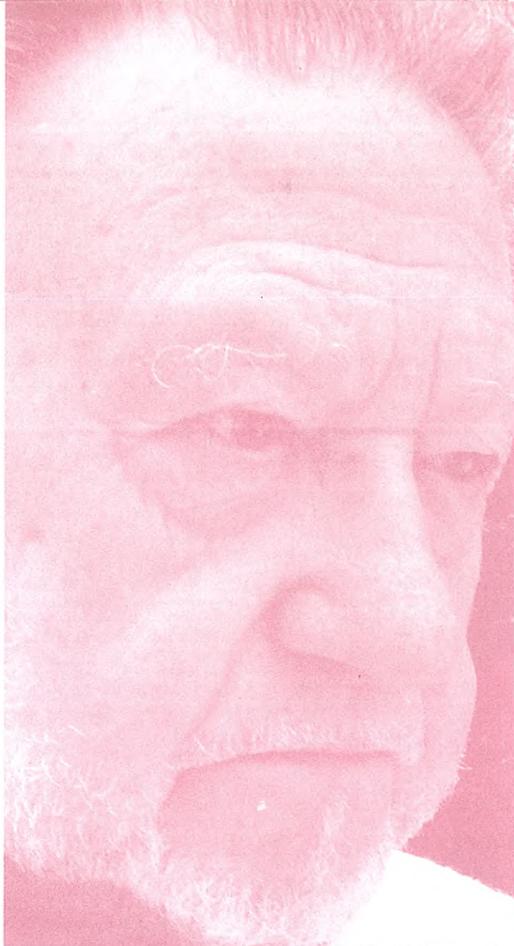
Española para nosotros, los de los años 50. Salieron de ella seis números. Había, además, otra tertulia de gente muy variada que capitaneaba, unas veces, Eugenio D'Ors, y otras, José María de Cossío. Ahora, aquel gran café es un pub irlandés. Pero los de mi grupo andábamos mucho por las tabernas, sobre todo las de las calles empecatadas por detrás del Gijón, San Marcos, Libertad, Infantes..., aunque nosotros estábamos a lo nuestro, a la charla inacabable y divertida y al vino.

- *Entre los escritores que fue conociendo, ¿con cuáles ha tenido más relación?*

- Me he llevado bien con todos los que ya he nombrado pero, quizá, mis mejores amigos fueron Albalá, Sastre, Aldecoa, Ferlosio y Fernández Santos, aunque también tuve otros, buenos y notables, de la universidad, como José López Rueda, buen poeta, que se fue al acabar su licenciatura al Ecuador y, luego, a Venezuela y ahora ha vuelto a Madrid y sigue escribiendo y publicando. O Juan José Junquera, que, después de unos años, acabó siendo un estupendo ceramista e hizo varias exposiciones. O Fernando de la Granja, catedrático de Árabe en Zaragoza y Madrid y miembro de la Academia de la Historia, como también lo fue Álvaro Galmés de Fuentes, otro buen amigo.

- *¿Qué recuerda del poeta gaditano Carlos Edmundo de Ory, fallecido en 2010?*

- Carlos Edmundo de Ory era un "raro" admirable y lleno de talento. Su vida fue su obra y él era como un verso suelto por el mundo. Fundó, con otros, el Postismo, primer surrealismo de la Posguerra, un surrealismo ibérico sui generis. Vivió para escribir y, cuando hablaba, con gracejo andaluz muy peculiar, apenas levantaba la voz, como si temiera romper la magia en que vivía. Aldecoa había vivido en una pensión con él y le quería mucho, como todos nosotros, que le conocíamos algo menos que Ignacio.

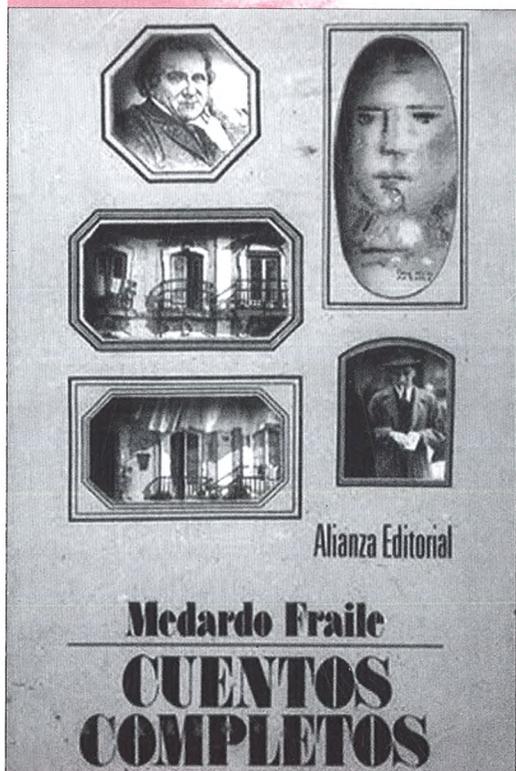


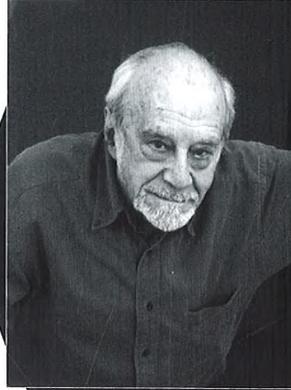
- Usted formó parte del consejo de redacción de la revista *Cuadernos de Ágora*. ¿Qué trascendencia tuvo esta publicación y cómo valora la labor desempeñada por la escritora cordobesa Concha Lagos como impulsora de la misma?

- Yo fui subdirector de la revista *Cuadernos de Ágora*, por no tener carnet de periodista para ser director. El Consejo de Redacción era excepcional, Gerardo Diego, José García Nieto, José Hierro y Jorge Campos. El director fue Emilio González Navarro, que se prestó a serlo, sin más, porque era periodista con carnet. La trascendencia de *Ágora* fue enorme durante cinco años; véase el número de noviembre-diciembre de 1962, en el que aparecen muchas opiniones y muy ilustres sobre la revista. En ella colaboraron 330 escritores, maestros y jóvenes, poetas o prosistas y, desde luego, los mejores plumíferos que había entonces. Concha hizo su labor como poeta y, a la par, otra diversa y admirable como editora. Al mismo tiempo que la revista, publicaba y costeaba una cuidadísima colección de poesía, donde se publicaron libros fundamentales, y otra, con el sello de *Ágora*, que solía estar, pero no siempre, costeada por sus autores. Concha era voluntarista, tenaz y poco dada a rectificaciones, pero su generosidad era inagotable y de su acogida a los poetas bisoños ellos mismos pueden dar testimonio.

- ¿Cómo recuerda la publicación de su primer libro, *Cuentos con algún amor* (1954)?

- Yo iba casi todas las tardes al Ateneo y se acercó un día a mi pupitre José María Cabezalí, catedrático muy joven que había hecho unas oposiciones brillantes, y me enseñó un cuento de Lauro Olmo, *Cuno*, el primer libro de una colección de Literatura de Juglaría que





DOS NARRADORES
del 50

él quería lanzar, y preguntó si yo tenía un libro, porque había leído cuentos míos en algunas revistas. Le dije que solo tenía siete y él, al parecer, quería doce. Le prometí que tendría el libro en tres semanas y me puse a escribir a diario. Cuando se lo entregué, él, por recomendación de Dámaso Alonso, se iba a Alemania, y me encargó que vigilara la impresión del libro en la imprenta de Bachende. Fui por la imprenta casi a diario y un día el impresor me dijo que el aprendiz que trabajaba con él había cometido un error, pero que era muy fácil de solucionar: cuestión de añadir un párrafo al principio de un cuento para que, en vez de empezar en página par, comenzara en la página impar anterior, que había quedado en blanco. Era uno de mis cuentos preferidos, *No sé lo que tú piensas*, que había entusiasmado a los amigos, especialmente a Ferlosio. Me desesperé, anduve por las calles como un perro vagabundo y maldije la irresponsable idea que nada menos que un impresor tenía del género cuento. Pero era cuestión de publicar o no publicar mi primer libro, y me senté a escribir el pegote con la vocación de una buena zurcidora. Antes, comenzaba así el cuento: “La familia y mi casa –siempre a media luz...”, y luego “Paco el Largo era entonces mi mejor amigo...”. A Dios gracias, nadie advirtió el añadido, ni entonces ni después.

- *Entre su primer libro de cuentos y el último, Antes del futuro imperfecto (2010), hay una trayectoria como cuentista de casi sesenta años. ¿Cómo la resumiría?*

- Como el trabajo que supone escribir y publicar cuarenta libros. Como la evidencia de un interés primordial en los cuentos, que andan ya muy cerca de los doscientos. Y la dedicación que hace falta, mía y de mis lectores, no de un narrador o de un lector de cuentos, sino de un escritor y de un lector a secas, para escribir, publicar y ser leídos otros libros: una novela, una tesis doctoral, un estudio sobre la poesía y el teatro españoles contemporáneos, diversos ensayos reunidos sobre autores y obras de hoy, unas memorias, cinco colecciones de artículos de Prensa, una traducción del inglés, tres antologías de otros autores, y creo que olvido algunos, sin incluir mis libros editados fuera de España, en Alemania, México, Venezuela y Bolivia. Y la satisfacción de ver publicados mis cuentos completos dos veces, en Alianza editorial (1999) y Páginas de Espuma (2004). En resumen, la demostración innegable de una vocación que se inició a los ocho años y a la que continuó fiel hasta hoy, hasta mañana.



- ¿Por qué ha decidido dedicar mayoritariamente su carrera literaria al cuento?

- Me gustaba escribir y ver teatro (incluso dirigí un par de obras) pero no me gustaba en absoluto el ambiente teatral y yo era un muchacho, tal vez, algo ingenuo y lleno de ideales purísimos. En el ambiente escénico había bastante vicio y mucha hipocresía y falsedad. Entre ellos, actores, actrices, directores, empresarios, etc., se daban abrazos efusivos sin ton ni son; calificaban de “divino” o “divina” al primero que encontraban, y luego los ponían verdes cuando volvían la espalda y eso me repugnaba. Yo he sido siempre sincero hasta los límites que impone la educación. Y, además, la obra que tú escribías bien podía fracasar sin merecerlo por un tramoyista adormilado, un actor que no se sabía su papel, un director excesivamente novedoso, un decorado que se descolgaba o en el que una puerta no se abría, una frase mal dicha, etc. Decidí meterme en casa a escribir prosa, que dependía solo de mí y de un impresor (con corrección de pruebas). Yo creía por entonces que el cuento que se escribía, aunque estaba, sin duda, bien escrito, podía ser de otra forma, y cayó en mis manos una antología de relatos de Catherine Mansfield (discípula de Chéjov, por cierto, según supe unos años más tarde), que me entusiasmaron, especialmente tres de ellos, *En la bahía*, *Fiesta en el jardín* y *Las hijas del difunto coronel*. Y empecé a escribir cuentos. El primero fue *No sé lo que tú piensas*, que publiqué en una revista, y me pidieron enseguida que los leyera (tenía uno). Escribí otro, *Las profesiones*, y leí los dos en la tertulia del Café Lisboa, que estaba en la Calle Mayor, número 1. Mis dos

primeros cuentos gustaron tanto, que seguí dando lecturas, publicando y escribiendo cuentos.

- *Sus cuentos son esencialmente realistas, están protagonizados por gente corriente y atesoran mucha ternura y mucho humor.*

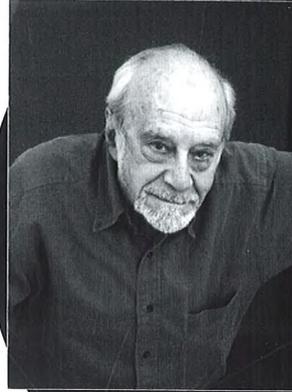
- Sí, han sido realistas, pero no en pocos de ellos, desde el primer libro, ha habido algo de magia, de misterio. Porque la realidad lleva también eso consigo; si no, la vida sería un mendrugo muy duro de pan difícil de tragar. Hay creencias (¡y qué vida tan miserable y anodina lleva el que no las tiene!), hay ilusiones, hay casualidades que no parecen nada casuales, hay lo que llaman Destino que, en bastantes casos, parece programado e inevitable. Los mismos afectos y los mismos odios que sentimos pueden ser con frecuencia arbitrarios y estar tan fuera de lugar y tan equivocados como una mosca que se crea elefante. Yo he creído y creo en un realismo parcial o impuro de contenidos inexplicables, que unas veces se hacen visibles y otras no.

- *Alguna vez ha dicho que los cuentos que ha escrito le han ido haciendo a usted.*

- Todo nos va haciendo. Las alegrías y los disgustos, los engaños y desengaños, la sociedad en que vivimos, la salud y la enfermedad, la familia en que nacimos, la educación que nos dieron, el amor o el desamor que damos o que recibimos, los amigos, los enemigos, el trabajo, los recuerdos, los olvidos y, por supuesto, lo que hemos creado con nuestro cerebro y nuestras manos. Yo acabaré siendo (espero) lo que he escrito en mis cuentos, y algo más (tal vez), y ni el D.N.I. ni el N.I.F. van a dar a nadie una idea de mí después de muerto. Mis cuentos tienen casi siempre una línea, un párrafo, una idea, un tema, lo que sea, que me pertenece, que he vivido, pensado o sentido.

- *¿Cuáles son los cuentos suyos que prefiere y por qué?*

- Tendría que darte una lista demasiado larga; en realidad, todos han sido escritos con el mismo esfuerzo y cuidado, todos fueron corregidos hasta martirizarlos y martirizarme y a todos los quiero por igual. Otra cosa sería decirte los que dentro y fuera de España han preferido los antólogos, críticos y lectores o, en otras palabras, los que han tenido más suerte, porque la suerte existe. Son también numerosos. De los cuarenta y dos cuentos míos incluidos en antologías nacionales y extranjeras, los más repetidos han sido *Un juego de niñas*, *Aquella novela*, *El puesto*



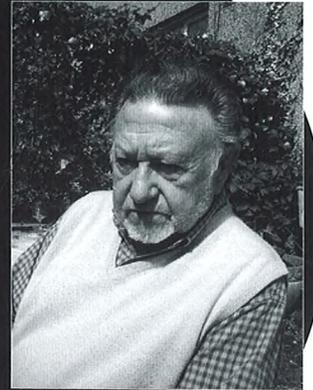
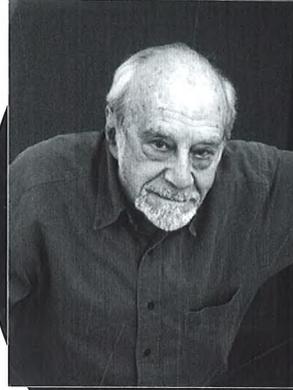
DOS NARRADORES
del 50



de libros, *Cuento de Estío*, *La mariposa*, *La cajera*, *El álbum*, *El caramelo de limón*, *Punto final*, *El rescate*, *Ojos inquietos*, *El mar*, *Descubridor de nada*, *La presencia de Berta*, *A la luz cambian las cosas*, *La hora*, *Defensa*, *Un viaje sin vuelta* y *Rafi*. Por qué prefieren esos cuentos es mejor preguntárselo a ellos; tal vez no hayan leído los otros.

- *¿Qué cuentistas le han influido más y qué nombres citaría como imprescindibles del género?*

- Yo no creo en las influencias, a no ser que el escritor principiante las necesite. Creo en los encuentros y en las afinidades. Cuando era muy joven, me gustaba mucho Azorín, y Ramón (muy distintos), y Miró, y Rabindranath Tagore, y leí un libro del escritor cubano Alfonso Hernández Catá que me impresionó, *Los frutos ácidos*. Después cayeron en mis manos, en edición chilena, el libro de Catherine Mansfield ya mencionado, *En la bahía*, y una antología del americano O. Henry (muy distintos también), que, más que en la estructura de sus cuentos, brillaba su originalidad por su encanto, su inmensa gracia y su humanidad; porque nadie podía contar sus cuentos como él los contaba: él estaba en ellos y ellos en él. Esos fueron los encuentros con los que me noté vibrar a mí mismo, porque había en ellos algo o mucho que me pertenecía, que yo llevaba dentro. Antes de hacer teatro escribía lo que llamaba entonces "narraciones", que eran muy personales y le gustaban mucho a Alfonso Sastre. Tres o cuatro llegaron a publicarse y mi pretensión era formar un libro con ellas titulado *En el cielo falta un alma*. Todo eso lo olvidé cuando Sastre, Gordón y los demás me empujaron a escribir teatro, cosa que nunca había pensado hacer.



DOS NARRADORES
del 50

- Para que un cuento sea bueno, ¿qué debe tener?

- Hay una gran variedad de procedimientos y preferencias. Creo que lo esencial es la brevedad (y los minicuentos casi han llegado a ser un suspiro). Mis cuentos no suelen pasar de los cinco o seis folios y hay bastantes de un folio o folio y medio. Luego, que haya movimiento, y el movimiento no tiene por qué ser el que vemos en las películas del Oeste; puede ser también interior, interno: un estado de ánimo cambiante, una espera de algo, la intención de pasar de un estado a otro, la tendencia a mirar por una ventana, la obsesión con un objeto que hoy nos hiere al verlo, etc. Debe tener también una gran concisión y no distraerse con palabras que nos atraigan o en historias laterales o frases que pretendan el lucimiento del que lo escribe y que distraigan y no añadan nada a lo que se cuenta. Tiene que ser también intenso, porque el narrador solo dispone de las palabras justas, de poco tiempo y de poco papel. Saber sintetizar, sin que no falte nada esencial, es prueba de inteligencia, y eso lo han dicho desde Cicerón, pasando por Santo Tomás de Aquino, hasta Montaigne y más acá. Y yo escribí en el prólogo de mi primer libro que, si no existiera Dios, habría que inventarlo, porque los cuentos son creyentes. A mi gran amigo Lauro Olmo (comunista) le gustó mucho esa frase, la repetía y entendió muy bien lo que quería decir.

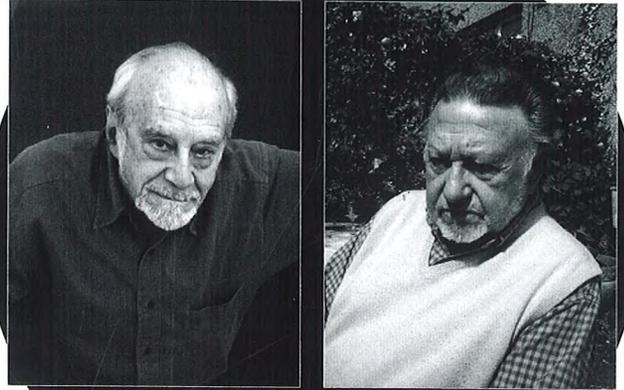
- Últimamente, parece que el cuento cosecha mayor atención.

- Sí. Lo malo es que, junto a escritores jóvenes admirables, como son Ángel Zapata, Hipólito G. Navarro, Eloy Tizón, Víctor García Antón, Javier Sáez de Ibarra, Carmele Jaio, etc., hay otros que han querido demostrar a no sé quién que pueden hacer cuentos como el churrero churros. Y, claro, si hay plumíferos de los de todo seguido, de los que no dan al cuento el tiempo y la atención que requiere, el público lector va a acabar por no leer más cuentos y continuar en el Metro con el novelón abierto sobre las rodillas. Yo no creo que el cuento bueno, como la novela buena, puedan proliferar tanto como, aparentemente, lo están haciendo hoy, a no ser que haya bajado el nivel y la exigencia de los que leen. Pero, en fin, entre col y col, siempre surge una lechuga crujiente y fresca.

- Creo que la única novela que ha escrito fue consecuencia de un comentario de su padre.

*Medardo Fraile en su casa de Escocia en 2011
(Foto de su hija Andrea Fraile)*





DOS NARRADORES
del 50

- En aquella época, críticos tan traídos y llevados como Dámaso Santos y otros creían que el cuento era un entrenamiento para hacer novela, y poco más. Los escritores se sentaban a escribir novelas casi por imposición nacional, y yo no veía que eso tuviera ningún sentido. El escritor, como el pintor, como el músico, tiene que hacer lo que le dé la gana. Pero la gente, que oía hablar tanto de novelas y de los voluminosos premios en pesetas que se ganaban con ellas, cuando me veía me animaba con afecto a que escribiese

una y la presentara al Nadal o al Planeta. Yo solo me sonreía. Lo que ocurre es que mi padre también me lo decía de vez en cuando y yo le aseguraba que lo haría, que escribiría una novela. Así que por él, y por nadie más, escribí mi única novela, para que viera él, y nadie más, que le obedecía y que sabía hacerla. Lamentablemente, tardé tanto en ponerme a ella, que mi padre, a quien quería tanto, no tuvo ocasión de verla. Hay cosas que no se deben aplazar.

- *¿Cómo ha sido su relación con los diversos editores que ha tenido?*

- Me he enfadado solo con dos, uno era el de Doncel, que editó juntos mis dos primeros libros y aparecieron con 64 erratas, algunas graves, aunque todas para mí son graves. El otro ha sido hace poco, porque un empleado suyo se puso alegremente a corregir mis cuentos, y le escribí una carta prohibiendo la publicación del libro o, en caso de que no saliera como yo lo había escrito, les llevaría a los tribunales. Me pidió disculpas, el libro salió a mi gusto y somos amigos, sin resquemor alguno. No me acuerdo ni del nombre del que dirigía Doncel (llevaba capa española), y al siguiente sí le recuerdo pero, puesto que somos buenos amigos, no diré su nombre. Con el resto de los editores me he llevado muy bien.

- *¿Qué valoración hace de la generación del medio siglo?*

- A mi generación hay que agradecerle bastante. Los niños de la Guerra, bautizados así por Josefina R. de Aldecoa, pasamos por circunstancias muy difíciles. Faltaba papel y, por consiguiente, había pocas revistas donde publicar, teníamos censura, escribiendo se cobraba poquísimo, para tomar un chato y una aceituna y, en fin, como es bien sabido, la magdalena no estaba para tafetanes en ningún sentido. Aunque había buenos escritores de cuentos en las generaciones anteriores (los que hicieron la Guerra), como Sánchez Silva, Samuel Ros, Tomás Borrás,



Lorenzo Villalonga, autor de una memorable novela, *Bearn*, etc., nosotros le dimos un empujón definitivo al cuento, que, además, no se parecía a los que escribían nuestros antecesores. Aldecoa, en primer lugar, pero también Carmen Martín Gaité, Carmen Laforet, Ana María Matute, Rafael Sánchez Ferlosio (que escribió dos cuentos de lobos extraordinarios), Jesús Fernández Santos y, por supuesto, el que esto responde. En 1954, reuní en libro mis cuentos antes publicados en revistas y quizá no tenga que decir que he sido leal a ese género mayor (nada menor) hasta hoy mismo.